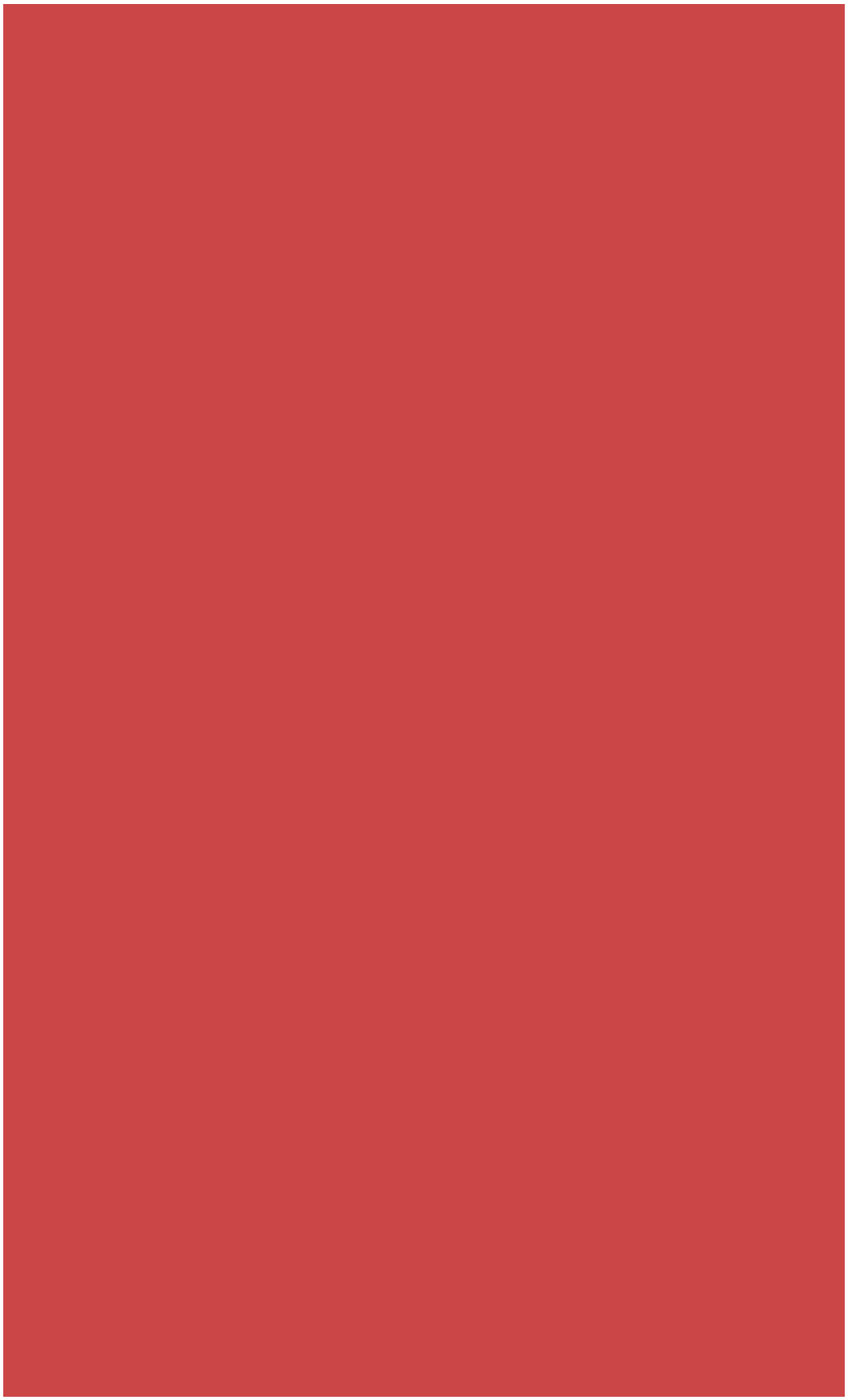
MARCOS SILBER

desembarcos

Ediciones
El Mono Armado



desembarcos

MARCOS SILBER

desembarcos

Silber, Marcos
Desembarcos / Marcos Silber

©2015 - Marcos Silber
1a ed. - Cdad. Aut. de Buenos Aires
E-mail: marcossilber3@hotmail.com
I.S.B.N.: 978-987-1846-88-7

A mis amados padres, por la vida.

A la poesía, por la pasión.

A Mauricio, Raúl, Rosa,
Sofía, Paulina y Chocha,
mis hermanos queridos.

INTRODUCCIÓN

Diagnóstico por imágenes

Se realizaron secuencias del lóbulo frontal ponderando los tiempos recorridos con el triciclo (tanque,submarino,cohete) tripulado por el paciente M S en el patio de su infancia. Se observan cambios morfológicos a nivel de pared posterior donde aparece una higuera frondosa con hojas teñidas tras la administración de solución otoñal. Aparecen imágenes significativas de dudoso origen en lóbulo derecho donde los cortes axiales muestran un trazado de rayuela (libre de perseguidor) con hermanitas que juegan tratando de alcanzar el "cielo". En extremo distal se descubre un camposanto de soldaditos de plomo diezmados por ofensiva de tejido invasor. Sobre lóbulo izquierdo se muestra nítido el de la solapa del libro, con franca actitud inquisitoria y mirada severa dirigida al adulto de sí. Al tiempo se reciben ondas sonoras con locución que el paciente reconoce como propias de su niñez. Y que pregunta: ¿qué ha sido de mis sueños?, ¿de mis dones qué has hecho? ¿Dónde el bombero, el médico, el crack de fútbol, el director de la sinfónica, dónde se ocultaron? ¿Qué cuco los espantó? Concluido el estudio, persiste el efecto sonoro; la vocesita del paciente que no deja de repetir: ¿qué ha sido de mis sueños? De mis dones que has hecho?

CERCANÍAS

"Una electa doctrina,
una inmortal belleza
saldrá de nuestra ruina."
CLEMENTE REBORA.

PIBITOS

Uno juega con la arena.
Lleva un millón de años su recreo.
Construye, y el viento desbarata.
Vuelve a construir y el viento a desbaratar.
No se detiene la sucesión de luz y tiniebla.
Le llaman: tiempo al invisible que transcurre.
Juega el pibito bajo un cielo de todos.
Levanta el castillo donde amará a su reina
y le hará pibitos que jugarán en la arena.
El autor nombra: playa.
El pibito corrige: no es playa, sí,
gran arenero de juego de los pibitos del mundo.
En la mañana de un sol único
de esa única mañana de hace un millón de años
pibito diseña y construye la casa que ahora habito.
Pero aún no es tiempo afirma el viento
y la desbarata.
Juega con la arena el pequeño;
lleva un millón de años
bajo un cielo de azul colectivo.
El eco que se oye hoy, aquí,
le nació al entonces de allí cuando sapiens mamá
con tres golpes de garrote
contra la roca de la caverna,
llamó llamó y llamó:
“pibitos, a comer”...

LA FRIDA

Ridícula, mostrarse así. Aturde la sediciosa
con ese ropaje colorinche.
No hay sol que la supere
ni luna que la desafíe.
Va y viene en la mañana de la calle;
la boca una rosa a punto de estallido;
las cejas, bosques encantados.
Penosa la marcha sobre un mundo
enemigo de su sueño,
el de ella que no deja de repetir:
“pies, para que los quiero, si tengo alas”...
Luego, quien comparta su banco en la plaza
oirá de su rugosa vocecita la canción “Llorona”
y oirá también tormentosas historias de amoríos
con un tal Diego (canalla infiel al que tanto amó)
y con otro, León, (rey de la selva revolucionaria).
Pero ¿acaso alguien le atiende el parloteo?
Frida, se hace llamar Frida.
Y pinta.

TRES TRISTES TIGRES

Vueltas y vueltas y más vueltas
sobre la pista de la lengua
trabada por el desorden de tanta
y tanta vuelta de tres tristes tigres
cautivos del juego de la enredada luenga
sobre la que no dejan tres tristes tigres
de dar vueltas y vueltas y más vueltas.
Cuando los humanitos -hijos de la esperanza-
los liberen, se detendrá la travesura;
alborozadas regresarán las fieras
al cuento de la selva,
y las tristezas -como cabe-
a las historias de amor y sus tormentos.

SITUACION DE CALLE

La perra lame la cara
(del dormido o muerto).
Muy lejos se oye todo lo cercano.
Nadie lo requiere
(al muerto o dormido).
Nadie lo espera.
No se sabe no se sabrá
cómo se llama o llamó.
Y sólo porque fue niño y tuvo sueños
busco entre su oscuro traperío.
(Visten de negro los pordioseros, ¿vio?).
Busco, decía, su nombre, pero vaya a saberse...
Al menos para avisar a nadie
en que habitación del poema
una vela alumbrará
el impalpable nombre de él.

LLUVIAS

Llovió. Como primera y última vez
se volcó todo el cuenco del cielo.
Vacío quedó, seco, desnudo de agua.
Derramó su enojo el mandamás de arriba;
simplemente se levantó mal.
Bueno, tiene derecho también.
Diluvio terminal, asesino, de aniquilación,
se llevó el horizonte;
sepultado acabó el paisaje aquí y allá;
hizo trizas el color de todo,
naufragó las manos del arpista
pero no alcanzó.
Arrasado fue el palabrerío de la gente,
detenido el film del insomne
y sin luz la fiesta de la novia.
Llovió como primera y última vez.
Pero no alcanzó
para lavar la cara de los matados,
desalojar la roca violeta de la pasión
y apartar la roca negra de la zozobra.
Sobre la invencible tierra, resiste
la jubilosa enamorada que baila
su vals de cajita de música
y resiste el dejado que se come los puños
debajo de una lluvia
como de primera y última vez.

EXPOSICIÓN DE UN CUADRO

De un hombre. De eso se trata.
Un hombre solo en su cuarto.
Cercado por libros, paredes de libros.
A su vez el mirado mira el cuadro
de un hombre solo en su cuarto, que dice
-o cree que le dice-
“descorre los telones del silencioso misterio de aquí”.
Y dice -o cree que le dice-
será posible entonces descubrir detrás de mis piernas
-color naufragio- penosos y también triunfales caminos.
Será posible entonces descubrir detrás de mis manos
-color ruinas- piedras de condena y piedras preciosas también.
Será posible entonces descubrir detrás de mis ojos
ciénagas y lagos de cisnes soñadores.
Será posible entonces descubrir detrás
de los pergaminos de mi frente
el espejísimo rostro de la única amada,
esa, de los bucles dorados.
Será posible entonces, descubrir detrás
de la fronda de mi penosa cabellera,
fueguitos de ilusión en retirada,
brujas atizadoras de tiempos perdidos,
cenicientos fracasos de solo ida
y otras lindezas del tratado de la travesía.
El hombre solo -el inicial- sacudido
por el rayito sobreviviente de la hundida memoria

se incorpora -de pronto-
(en el fuego quedó la cafetera).
Y acude.
Habla solo el hombre. Se dice:
de un hombre solo, de eso se trata.
Nada más. Eso.
De uno.
Solo.

TRES A LA MESA

Son tres a la mesa, tres a descargar
-cada atardecer- el vagón de sus historias.
No es inocente el gran reloj que preside
y a su turno avisará a cada cual:
“se agotó tu tiempo”
y lo quitará de allí.
Dos quedarán para recordar,
luego, uno, hasta la desnudez y el silencio
y a la mesa nadie más.
Ahora son tres bebés que corretean
por debajo. Juegan la felicidad
de no saber que llegarán a ser tres
que cada atardecer, sobre esa mesa
descargarán el vagón de sus historias.
Por ahora, festivos, gozan
y se divierten los pequeños
con dibujos de sonrisas
bastante parecidos a la eternidad.

EN LA TUMBA DEL AMOR DESCONOCIDO

En su lápida se lee: “aquí el amor no descansa
ni deja de respirar”.
El guía, el de la antorcha, cuenta:
ésta, la trinchera de la cita pasional
con sus leños de tormentosos ardores.
Aquí los actores alertas contra el enemigo
y sus embestidas para izar
banderas de abandono y desencuentros.
Créanme, la resistencia fue heroica y una a una
las municiones dieron de comer en la boca
explosivas cartas de amor, de esas,
oceánicas de azul; las cantimploras vaciaron lluvias festivas
sobre los cuerpos locos de dicha, y las mochilas
acudieron con lanas y calores de durar.
El guía de la antorcha cuenta:
los defensores resistieron cada embate
mientras cantaban, luchaban y cantaban
la canción esa, de la fiebre, el delirio
y el hambre de más y más.
Deben saber ustedes que un Consejo de Guerra
condecoró a estos invictos con la orden
“Al amor anónimo por su valentía y poder de fuego”.
Deben saber también, que cerca y no tanto
de esta sepultura, nunca, nadie descansará en paz.
Es todo, pero vean estas flores,
pareciera que hablan; de amor, del incesante,

y de la pasión que arrasa con olas
de siempre viva dulce felicidad.

SONIDOS

Simples sonidos dirá alguien;
acordes de un claro de luna repentino;
la quejosa sirena del navío abandonado;
el bostezo de la yegua viuda dirá
o la agonía de los geranios de agosto.
Pero no es necesario que nadie los reconozca,
salvo la platea invisible de la noche
que se agita, brama en mudo y aclama
a la mendiga del callejón, la de los secreteos,
los quebrados susurros con que acuna
vaya a saber qué...

TEMPESTAD

Fue trueno o disparo.
No se sabe nunca se sabrá.
Total, que uno, llamado Uno, apareció
tendido en la vereda, seco de vida
por disparo o trueno;
no se sabe nunca se sabrá.
Transcurre la noche
los malabares propios de la oscuridad
entre sueños, desvelos, susurros
de amor o de rechazo -su revés-
cuando el estruendo soltó la lengua.
Alguien pensó: “es la bronca de Dios”;
otro:“uno menos en el sufridero”.
Pero es la más soñadora
que a sí mismo se cuenta:
“es la descarga -nieta - de la que allá
por el 36, en Viznar a Federico lo calló”.
Es la estampida lanzadora de la nueva Maratón,
la detonación final de Rigoletto;
es el escape libre del Chevy de Elvis,
la señal de largada del Gran Premio
con el aliento del único pulmón
del devastado que implora: “el 6, el 6,
la yegua que corre por los palos y no puede
-virgencita querida- no puede perder”.
Es la salva de otro asalto al Palacio de Invierno

o la caldera invisible del Diablo.
Todo, y más, pasa, desfila delante de ella,
la insomne mayor. Todo -salvo-
porque no quiere, no puede,
el trueno o disparo del portazo de él
que bien se sabe ya no volverá.

TAREA DE HOGAR

Ruge un África doméstica
en la vajilla del vecindario.
En los altares cocineros
las mártires queman juventud
y sueños de historias perdidas.
Entre vapores, aguarda, paciente
la patrona del tiempo
que vendrá por ellas y se las cargará
no sin antes quitarles
los mortificados delantales
para aliviar el peso del traslado.

REJAS

Clama el león por su leona mamá;
ruge con partitura en clave de selva;
desgarra el aire de aquí, le parte la cabeza
al sopor de la tarde. Y los chicos,
los chicos lloran un coro mudo
alzado contra la desazón del felinito.
En la lejana cercanía
la historia se sucede sin mayores sobresaltos.
El estado del tiempo obedece a los anuncios;
la noticia policial apunta la paliza
que otro macho encabritado repitió.
La peluquería del rengo promociona
“descuentos para viudas”,
y todo indica que tampoco hoy
habrá recolección de residuos.
El trueno doliente del rugidor,
extraño, desconocido, atraviesa el día
y nada se asombra nadie se inquieta.
Apenas una que otra sombra retrocede.
En la cercana lejanía, entre verdes
más feroces que la ferocidad,
el rugido de la saqueada mamá leona
desgarra el aire de allá
con partitura en clave de selva
que le parte la cabeza al sopor de la tarde
cuando clama por hijito león.

REUNIÓN

Así cursó la entera travesía.
Con el bebé que fue llegó el anciano.
Son uno. Uno se ven. Acuerdan.
El bebé captura, se lleva a la boca toda la luz
pero con pequeño eclipse -dolorcito-
(digamos nostalgia) sabedor que todo
en adelante llamado vida
tarde o temprano se apagará.
Uno son .Uno se ven.
Recordemos: acuerdan.
El anciano, atrapado por un crepúsculo
que no le cesa -dolorcito- (digamos nostalgia)
sabedor que la luz inicial
-hacia atrás llamada vida-
jamás se habría de apagar.
De dos pechos buenos maman ahora los dos.
El que se aleja y el que arribó.
Ansiosos acudieron.
Son uno. Uno se ven.
Con silencio uno de dos.
El que relata da fe: se miran.
Sabios, sonríen con sabia sonrisa.
Y sonríe la cinta sin fin
con partida y llegada
de anciano y bebé.

DE OFICINA

Es orden de ataque; hombrecito atraviesa
la frontera de la mañana
y se lanza a la batalla.
Ocupa su puesto, ficha, toma posición.
Mira como vienen camuflados
los molinos de viento.
Trajeado, prolijito el enemigo.
Clarines, son clarines
que invaden el aire de la tarde.
El fragor de la contienda
lo arroja a la trinchera
sofocada con tanto papeleo asesino.
Al fin de la refriega cotidiana
hay toque de retirada.
Luego son clarines los que se arrastran
entre las matas pavorosas de la noche.
En la lente que lo tuvo cautivo
hombrecito retrocede,
la vida rebobina hasta pequeño.
Burla el alambrado de la rutina
y gatea, hacia lejos gatea hombrecito
hasta la madera del caballito salvador.

MONTÍCULO
(Inventario con informe)

Convoca la anfitriona de la devastación
y acude puntual lo tanto mudo que anduvo
entre la faena de nos.
Viene hecha un bollo la carta
que a uno le mató el corazón.
Un atado asiste (de negros con filtro)
y tos/eco de melodía terminal.
Un zapato (uno sólo) desertor de la travesía.
El plato roto (aviso de fracasado amor).
Un trozo de mantel de hule
(color de pálidas saudades).
Un sombrero perforado
(polilla devoradora de sueños).
La infaltable silla renga
(derrotada tras heroica resistencia).
Cáscaras de naranjas
(embalaje de torrente salvador).
Restos de barquito pirata
(naufragó sin alcanzar el tesoro
¿metálico o carnal?).
Un retazo de hoja de cuaderno
(con leyenda: grande mi *avuela*).
Una escoba casi calva
(con bruja ausente sin aviso).
Y nada más hacia abajo que merezca registrarse.

Hacia arriba, el nuberío bosqueja
el rostro victorioso
de la funeraria mayor.

VOYEURS

Es de mañana y son las ocho
cuando entra en la función callejera uno con bata de seda.
Los ojos de todos espían, se lo apropian,
se lo llevan para casa.
La pequeña, feliz, lo hace mago
y se deja volar hasta el palacio de los cristales azules.
El muchachito con su rifle de aire
apunta al corazón del intruso del día.
El oficinista lo maldice (qué otra cosa).
La cantante -ahora calva-
susurra para él, y sólo para él:
“venga querido, a mí, a mí;
fiesta le daré a la carne suya
y fiesta a los días que seguirán”.
Desde el altillo sonríe el Giocondo,
y se mira a sí mismo,
con su bata de seda de él.

EN SESIÓN

Sí, escucho voces, Doc., sí, ¿y qué?

I,

No deja noche sin mortificar Marito Delirio
que le rompe los dientes al silencio
y a los gritos desnuda la soledad:
“Soy yo, Petter Mc Lovell, el sheriff
más sheriff de la comarca que
(efecto de galope)
con caballo cruzo el pueblo fantasma
y derribo maldiciones y vallas de fuego”.
No se deja ver el condenado
pero nadie duda, se asusta el susto
y debajo de la cama se ocultan los miedos.
El sueño ya lo sabe
y en lo mejor del redoble
vuelve Marito a la carga:
(más efecto de galope)
“despierten mugrientos, cobardes, maricas,
despierten, cornudos, soy yo, Petter Mc Lovell
el más sheriff de la comarca;
y que nadie atreva una queja;
mi buen Dios lo va a castigar...!

II

Esa mujer -mejor- las botas rojas
de esa mujer en el subte, créame Doc,
un verdadero misil que hizo astillas
el pórtico de mi cabeza.
Y nada pudo detener la correntada, el desfile,
el alud, la embestida. Eso, nada.
Inició la marcha, Rosa, la Luxemburgo,
de botas rojas batidas contra las piedras rojas
de la historia. Le siguió Berta Singerman
declamando la cadencia roja de su:
“botas, botas, arriba y abajo”...
Winchester al hombro arribó la parada roja
de los legionarios esos, que murieron
-en la peli- con las botas puestas.
Ycontinuó la revista; con botas rojas
bajaron de los barcos, temblorosas,
las polaquitas esclavas camino del infierno.
Marea roja la que siguió, con uno, diez mil,
un millón de botas rojas, sobre un 1914
desolado en el difunto campo rojo de Verdún.
No podía faltar el gato con botas, rojas ahora
como el de las siete leguas.
Y el turno de la costurerita fue que llegó,
escuálida, arrastrando sus botitas -rojas también-
Y hubo más, Doc, mucho más;
como torbellinos, disturbios de fuego de botas,

claro, rojas. Y todo, a partir de la mujer en el subte;
de las botas rojas de esa mujer.

EN LA MIRA

Socavón la ciudad la gente los barullos
desde este 26 piso cerquita del cielo.
Respirar hondo, aprontar la lente y a trabajar.
(La historia debe quedar entre nos).
Nadie verá lo visto nadie nada sabrá.
Comida de la más rica para el hambre del ojo.
Al frente -ventanal del 12°- donde
la soñadora adereza dulces venenos
para su Goya borracho de pasión.
A la altura del 10° se deja espiar
un prófugo Romeo abordando
una Julieta aluvionada.
Sobre el horizonte del 7° destella
la marea tormentosa con Jorge Luis y Estela
navegando contra el tiempo perdido.
A nivel del 3°, con tango de ventanal
del centro del mundo,
llega Malena que canta como ninguna.
En la planta baja desnuda su guiño
un ojo grande y lindo como una mamá de sol,
con fulgor para siempre y una Platónica caverna
de sombras anochecidas para siempre
y vueltas para siempre “Hijos de la Plaza”.
Agotada la faena, se retira la noche.
Fin de la jugada.
Regresa a su funda la lente

y se guardan -también- las historias
que -convenimos- deben quedar entre nos.

PAÍS MÍO

Pase y vea
se llama país mío
la casa de nosotros se llama.
Huele lindo el limpito de la buena vida;
mal, el oscuro de la mala.
Canta uno y canta, tose el otro y tose.
Copiosa la mesa de arriba,
desnuda la mesa desnuda de abajo.
Pase y vea
se llama país mío
la casa de nosotros se llama.
Duros se ven los mascarones de unos,
sombrías en otros las lenguas envenenadas.
Pase y vea.
Altivo el de camisa luminosa,
brumoso el de ropa quemada.
De gran enojo la noticia;
habla de la luz que se niega,
del aire que se agazapa.
Dice los pajaritos ya no cantan.
De todos modos
la vieja de la cueva se levanta
y hace lluvia y sol hace
y enciende para que todo más justo y sano.
Venga gente, venga,
pase y vea,

país mío se llama
mío país.

ALGUIEN MARTILLA

Cerca.
El golpe se descarga sobre el cráneo
del clavo que esperó todo el tiempo
para darle sentido a su clavedad.
Y es todo.
¿Pero quién clava?
¿Qué lo clavado?
Una crucifixión doméstica tal vez;
o el que construye el domicilio definitivo,
su propio ataúd.
Tal vez la foto de una ella
que trepa la pared hacia el recuerdo;
la pata fisurada de la mesa;
el Beethoveniano llamado del destino
o sólo la clausura de la puerta
para cerrarle el paso
a la familia negra del desamor,
a la prima hermana del abandono,
al vecino de hielo, el de las malas noticias,
o a la enfermadora mayor
la mamá de la vasta soledad.

CARTA

Que no se culpe a nadie...
Así comenzaba (ya se sabe como continúa).
Firma: José.
¿Y qué puede esperar el mundo, la historia,
la noticia de un nada más que José?
No se detuvo el silencio, no se ahogó el aire;
siguió su curso el sueño de la gente,
no retrocedió ningún dolor de muelas;
todo prosiguió como si nada
cuando la estampida del 38 largo
(que asustó al mismo Dios).
Pero él se llamaba José, nada más que José,
o sea, no se llamaba; o sí, Desierto, Vacío, Destierro.
José, un ajeno de sí, sombra viuda de él.
Se supo, se llegó a saber:
José ganó y perdió un amor tamaño cielo
que lo arrasó.
Es probable, la detonación, distraída,
pasó así como así.
Las Brujas de Salem, el Fantasma de la Ópera,
el Monstruo de las Nieves y el Viejo de la Bolsa
-muy viejito ya- se juntaron (nadie faltó a la cita)
adentro de una del 38 largo
que se le quedó a vivir para morirlo.
(Según el forense ingresó por el parietal derecho).
Y bien, alguien preguntó cuánto medía, cuánto

pesaba su amor, en qué rincón del desvelo
era uno con él.
La boca -tanta- de la cercanía, rumorea:
“A quien se le ocurre llamarse José,
nada más que José”...

CARA DE VIEJA

La historia: de maltratada, de dolida;
con todo el agua llorada y calcinada las piedras.
¿Qué sucedió?
El buenazo pan quedaba cerquita,
en la mesa tendida para todos
y listos los cuartos para el sueño mejor.
¿Qué sucedió?
Entonces abría un paraguas azul
el cielo grande como mar;
la gente venía como de familia
y contento de loco paseaba el mismo aire.
¿Qué sucedió?
¿Cómo treparon a escena esas nubes
que dejaron todo tan feito?
Nada detuvo a la maltratada con cara de vieja.
Nadie alertó que el incendio
alcanzaría la casa grande del mundo;
éste, sin ventanas a la vista
por donde saltar.

MUDANZA

Cansada que llevaba la vida
me mudé para la muerte.
Ahora, desde el albergue definitivo
de esta tierra, me sueño, arrastrada
por el negro viento de la venganza.
Vuelvo para arrancarle los ojos
al distraído que no me cuidó
y a la tía que me tiraba de los pelos;
vuelvo para arrancarle los ojos
al frío que me quitó al amado gato
y al del piso de arriba
que corría muebles todo el tiempo.
Vuelvo para arrancarle los ojos
a la humedad que mordía mis huesos
y al aprendiz de canto azotador de mis siestas.
Vuelvo para arrancarle los ojos
a la cocinera de los malos augurios
y a la miserable miseria del desamor
con sus soledades así de grandes.
En cuanto al resto, no cuenta demasiado;
sólo daños menores.

CIEGO

Dice palabras que dice el mar
y el caracol rey que se arrastra
por los túneles de su pecho.
Dice que huele sales azules
y que siente las manos como vueltas
del juego con las puntillas de la costa.
Dice hablo, me habla la algarabía de las olas.
Debe dejarse ver, dice, salir, ponerse afuera
el convulso mar de mi adentro.

CLARA LA OSCURA

Alguien pregunta: ¿esa silla de quién?
¿Valió la pena?
La entera vida de su vida,
los ojos suyos, todos, toda ella
sobre la puerta que no acabó de abrirse
para el que no llegó príncipe ni azul.
Alguna vez se iluminó con sueño de amor.
Otras, se desveló con todo perdido.
¿Valió la pena?
La entera vida de su vida,
el cuerpo todo, la zozobra
sobre la puerta la muda que nunca.
Más calladito que el silencio
ahora viene por ella el carro negro de la partida.
¿Valió la pena?
Alguien pregunta: ¿esa silla de quién?
¿De quién ese trono de soledad?

DEDITOS
(Hacer las manos)

Este, el Pulgar, soltero que se salió de filas
y trabajó con heroico silencio.
Al abordaje -ahora- de los demás.
(Autitos chocadores -en tanto- en mi cabeza)
El más pequeño -Meñique- trae la mueca
-boca fruncida- del Agustín, el farsante
con perfume de atrapar y envolver,
perdido entre las sombras del bosque encantado
que levantó en mi corazón.
El vecino-llamado Anular- se muestra enojado
con vaya a saberse qué de la vida.
Nunca se dejó querer.
El del medio -el mayor-, (conocido como Mayor)
se para desvalido, torpe, el muy tonto
de no entender qué ni cuándo.
Le sigue el Índice, que señala la casita
del jardín tan, tan soñado, apagado al fin;
claro, nadie le dio de beber.
(Autitos chocadores -en tanto- en mi cabeza).
Y bien, presentado que fue cada uno,
paso al frente y declaro:
yo, Mariana L. nativa, de 56 años de edad,
de profesión manicura, confieso que:
dos respiraciones antes de volver a recordar
tramposos y canallas que tanta calamidad

descargaron sobre mi pobrecita ilusión,
mandé a mi alicate mayor
saltar al cuello de cada dedito, y ejecutarlo;
con lo que cada cual se vació de sangre
y de vida se desnudó cada cual.
(Descansan al fin los autitos en mi cabeza)
Y aliviada voy ahora,
arrojados que fueron del mundo los verdugos;
para mi justo, merecido sosiego,
y la buena salud general.

EL LLEVADO

Verlo llegar, tomar la mesita de allá,
junto al ventanal, cada mañana;
abrir las noticias del día
y alejarse después. Y nada más.
¡Qué cosa!...
Vecindario cuentero, éste, si lo hay.
Una: “partió el hombre, no volverá por aquí”.
Otra: “un granito de arena de la playa humana”.
La tercera: “no hacía mal a nadie”,
¿porqué se lo llevó el señor?
¿Quién lo recordará?
¡Qué cosa!…
En la siguiente mañana -que no verá-
pasará camino a su cuna de tierra
y cada hora sumará otro olvido.
Va sola la caja que lo envuelve;
o no, a condición de cerrar los ojos
y descubrir la procesión
con una, misteriosa, toda de negro.
Podría jurarse: habla, susurra algo
que solo el llevado oirá:
“no supe amarte, no volveré a dejarte solo,
nunca más”…

LA MUCHACHA

La muchacha está triste
¿qué tendrá la muchacha?...
Marchitos se ven los girasoles de su mirar
y como dolido el guiño de su boca.
La mano izquierda no sabe qué ni dónde;
la derecha no, la derecha protege la frente
de no sé…
A metros, los cercanos, y más allá
la calle con la legión que va y viene
a diez abismos de la desolada,
la de ella más sombra que ella.
No hay sol que repare
ni azul de cielo que consuele
porque la muchacha está triste.
Los pequeños del vecino juegan y ríen
y la mamá canta y endulza la tarde.
Pero no alcanza;
porque la muchacha está triste.
No es novedad, la soledad enferma, mata,
de modo que Dios o el destino
y sobre todo Juanito
el del taller mecánico
el príncipe encantador, ese,
demasiado se demora;
y debería acudir ya
porque la muchacha está triste,

nada más.

ELLA Y LA OTRA DE ELLA

La presente no camina, se desliza
sobre el planeta doméstico.
La otra, la de su adentro, huye, se truena.
Calmosa la presente, se escurre;
gata de siesta atiende los malvones
y el rosario de la tarde.
La de su adentro, araña el fuego, trepa
las paredes, riega veneno pasional.
Mansa, la presente, visita la vajilla,
lustra, repasa, ninguna platería se salvará.
La de su adentro levanta tempestades a los cuatro vientos
y clama: ¡para cuándo, mi soñado, cuándo!...
Reposada, la presente vigila el guiserío (y que no se pase).
La de su adentro, dispara su derrumbe de cada día,
embiste, arrasa, nada deja en pie;
aturde y clama: ¡mi soñado, cuando!
La presente, cumplidita, a su tiempo descenderá
-por supuesto-.....en el paraíso y navegará, casta,
angelical sobre el lago muerto de su destino.
La otra, la de su adentro,
se arranca de la ciénaga terrenal y arde
en el desnudo desierto de la noche.
Llama votiva, encandila; se ve, se oye;
aturde y clama: ¡para cuándo mi soñado,
para cuándo!...

LA CASA DEL POETA

Inquieta se muestra. Respira grises de fastidio
como sin lugar en el mundo.
Molesta se la ve. No hay visita que bien le caiga.
Una: que no con esa ridícula pollera;
aquella tampoco, le tira de sisa;
esa, menos, demasiado larga de mangas;
la otra, con capa de bruja -por favor-.
Mala se pone la casa del poeta.
Ni hablar de atenciones con los llegados.
Que se vaya la grandota que se choca con todo,
la menudita a saltos por los rincones
y la bella que resultó una tonta celestial.
Como si poco, la que arribó como virtuosa
habla, habla y habla. Aturde. Que pase a retiro.
Al fin, convengamos, nada va con los muebles
de la casa ni viste a su medida.
Las llamadas a su puerta la chiflan,
oye piedras contra los cristales.
Para sí se dice -la casa- no me vengan con chiquitas,
y nada que no resulte grande y definitivo.
No ha lugar para minucias.
Se supo, su fogonera lingual se atrincheró
en el amado maldito bosque de la letrería.
Puertas afuera, detiene un NO PASAR,
HOMBRE TRABAJANDO, en rojo y tamaño
NO PASAR. No baja de la caldera

el escriba de trabajo forzado.
Puertas adentro, un él, no deja
de martillar cabezazos
contra el blanco yunque papelero;
y una, ella, dice en suspiro:
“es inútil, no hay manera
de arrancarlo de su templo a mi querido”.

MATADORA

La vi. La veo.
En el viaje de cada día.
Sobre su falda, provisiones
(según denuncia el envoltorio).
La boca de uno grande espera;
esperan las bocas de los chicos.
No se inquietan, saben,
la matadora del hambre llegará.
Nada dejará de atrapar la que caza.
A sus pies toda valla desiste;
no se le atreve demonio alguno
y el oso de la tormenta
decide no hacerle frente.
Hora más hora menos,
la que abastece
volverá a dar de vivir.

MUDA

Ciego los martillos
sobre las paredes difuntas de su boca.

Lápida la lengua, de mármol,
sepultura de palabra no nacida.
Da letra el cuerpo suyo,
redonditas las vocales de su carne.
No cuenta Muda no canta;
va viene entra sale
de las habitaciones del día con boca cegada.
Da letra de hielo la mirada de su mirar,
huérfano el vocablo la queja detenida.
Sólo que cada vez de cada día
-a la misma hora de cada tarde-.
Muda levanta al aire un alarido,
un clamor súplica de coro
de caverna de más antes;
grito, tajo a la yugular del silencio.
Sólo que cada vez de cada día
-a la misma hora de cada tarde-.
Muda desciende de la mansedumbre,
de la tregua se sale, del desierto
y se para -diosa pagana-
delante del bullicio del vivir
a la espera del eco de la campana
que jura, Muda jura,

sólo para ella se pone a cantar.

BARROCO

Que sucedió, se pregunta el monje del campanario.
La mesera de la posada “LOS HEREJES” se pregunta
¿qué sucedió? Qué sucedió se pregunta el tullido del laud
y los feriantes y las modistas se preguntan: ¿qué sucedió?
Un pas de deux, una visita fantasma,
un ballet del nublerío del cielo
con figura que se mira a sí misma, eso sucedió.
Se llama Barroco y que nadie dude,
lo declaró Locatelli, el musicante.
El Loco, para la delatora abandonada.
Locatelli está loco señala el índice de la vecindad.
La pandilla de los chicos, el coro lo sigue:
Locatelli está loco.
El impuro camina pasos extraños,
respira en clave desconcertante,
dice raros decires de asombro
y se sueña en galeras de magia.
Locatelli está loco.
No se inquieten no se alarmen,
es Barroco lo que sucede, dicta.
Barroco el silbido de Dios,
la plática de los muertos,
la confesión de los vivos,
el pincel liberado de la mano tirana,
la melodía en clave de sol mayor, la construcción
con el ascenso erótico de piedra sobre piedra

y la armónica belleza de la novísima vida;
barroca y de fiesta con nuevo ajuar.

VIENTITO

Huérfano vaga extraviado Vientito
sin mamá de amparo y desnudo de papá.
Pobrecito.
Solo de toda soledad viaja,
busca refugio, guarida para su poquito calor.
Pobrecito.
Despoblado, extranjero del cielo
le anda las calles al aire;
cursa toda la vagancia, desolado.
Pobrecito.
Ciego de uno u otro querer
transita desvalido, oscuro, turbado.
El que lo tiene en la mira lo ausculta
y contará: “en verdad, Vientito
clama por una Vientita”.
Pobrecito.
Los chicos, la buena gente y los poetas
ruegan que el azar-siempre en fuga-
se detenga en el desdichado, le atienda la suerte,
le done un cachito de parabién (¿qué le cuesta?).
Los chicos, la buena gente y los poetas
piden que al fin, el dé con la Vientita
que va a recibirlo
y amasará y tejerá brisas para él;
de esas que abrigan el corazón.

EL OLVIDO

Al comienzo le anocheció los nombres,
luego la cafetera abandonada al fuego;
los lentes ¿quién los vio?
las llaves Dios sabe dónde.
Con sigilo arriba ahora al violinista
la gran calamidad que repta hasta los dedos.
La sangre deserta en la muñeca,
se corta el cable conductor,
las falanges pierden la letra.
El fraseo detenido. Muerto.
Grande escándalo desnuda la escena.
Los ojos de todos los ojos juntan puñales,
no perdonan.
El turbado suplica: tinieblas, que acudan tinieblas
y me retiren de la vida, en la oscuridad me guarden.
Invisible para el mundo la hecatombe.
Allí, a la venenosa luz de todo
naufraga todo lo suyo,
las manos
los dedos
los dedos la maldad.

SOL

No más.
Ahora, sol es un colosal sombrero rojo.
Amanece y se alza allí, donde se cae la tierra.
Sombrero.
Rojo.
Lindo susto en los mayores.
En los chicos no. Los chicos reciben la luz
así como así, como hacia otra historia.
Se acabó el trabajo sol, el clemente,
manso y lejano que se anda como si tal.
Y mire que vio eh!..
Y nada se inquietó el gran bobo.
Abajo se mataban la vida unos a otros
y nada.
Abajo se cortaba la lengua el amor de uno y otro
y nada.
Estupenda la función ahora con tanto sombrerito
de colores de todo color metiéndose en el aire.
Hay que verlos. Celebran grande los chicos
que ahora comen luz del rojo sombrero el colosal.
Hay que verlos.
De no creer; los revoltosos.
Desatada, luminosa, la secreta felicidad.

CADA DÍA

A las seis de la tarde de cada día
una campana se pone en el aire
de la desazón de aquí.
A las seis de la tarde de cada día
una cuchara barre la planicie sur
de un tazón desierto.
A las seis de la tarde de cada día
otro desencantado
se mata la izquierda del pecho.
A las seis de la tarde de cada día
la carta de una querida avisa
la enfermedad terminal de su amor.
A las seis de la tarde de cada día
un pañuelo blanco baja
hasta el azote del recuerdo.
A las seis de la tarde de este día
se asoma la vocecita del aún no llegado:
¿hace oscuridad afuera?
¿hace frío ?
¿Ya puedo?

DINOSAURIOS

Contra todo lo esperado llegó un dinosaurio;
bajó a la calle de aquí donde los chicos
juegan a jugar; van y vienen los papás,
y las mamás atienden y cuidan.
Nadie alertó.
Nadie dio la voz de alarma.
El dinosaurio llegó, bajó a la calle de aquí
y una tras otra devora cabezas.
Es extraño, cielo y tierra se anochecen
y un negro silencio se aplasta contra la vida.
Es extraño.
Llegó un dinosaurio.
Nadie dio la voz de alarma.
Nadie alertó.

ABRAZO

Uno acosa, persigue a su sombra
y en la noche de los prodigios
le da alcance.
El abrazo será de gloria.
Nada se comprende, todo
se inquieta se pregunta:
“y ahora, ¿por qué lloran?”.

DESEMBARCOS

"...retornará, retornará en el hielo
la bondad de una mano;
cruzará el cielo lejano
la horda luminosa que nos saquea."
EUGENIO MONTALE

TEORÍA Y SOLFEO

Quise tocarla en clave del mayor sol
pero ella -experta en fugas-
saltó las alambradas del pentagrama y voló.
Quise con abordaje de contrapunto
atender la sed y el hambre de su carnalidad
pero ella -atrapada en un claro de luna-
presentó la espalda y voló.
Quise afinar, poner de acuerdo tono ritmo color
pero sus cuerdas viajaban otras latitudes
y de los vientos mejor no hablar.
Recuerdo, sí, y cómo
los truenos degolladores de la noche
disparados por el timbal que Dios sabe
quien puso en escena;
y la sábana negra también que -siempre dije-
no presagia nada bueno.
Cierto, real y arde el “se mira y no se toca”
de la querida, así, de cara a la nada;
a cincuenta centímetros de mí,
a cien kilómetros, a un siglo de mí.
Nada más resta cruzarme de vereda
y bajo bajito ponerme a silbar.

DE BESOS

Y sí, algo sucedió en la bucal.
Llegó mensajero con aviso de cita
para una noche que será memorable; sobre todo,
contada por el caballo tuerto de la leyenda.
Se sabe -pedrada de fuego- la noticia dio en la frente
(de la lengua, ¿de quién hablo?)
que para siempre se desveló.
Tensa entonces se puso y más roja que roja
por aquello del ansia y los gladiadores del deseo
que afilan aceros de contienda.
Así las cosas, avanza la primera línea de fuego
-en adelante llamada cabeza nuclear-.
Repta la encendida, la mira puesta
en el altar donde arde y se desnuda
la volcánica otra (la otra lengua, ¿de quién hablo?).
Luego habrá encuentro -en el sentido bíblico-
es decir: juntadas hasta una la pulpa de dos.
No lo pensaron mucho
(continúa relato de caballo tuerto).
Toda la vida para esto -dice una-
y la otra: para esto todo el amor.
Y las dos: ¡ahora es ya!...
Encuentro habrá con enterita pasión
y vestidas de fiesta (las lenguas, ¿de quiénes hablo?)
para su mejor trabajo
de sol a sol.

BACANAL

Es un diamante camino de la corona.
No. Es su boca.
Es una rosa camino de la pasión.
No. Es su boca.
Es una flecha camino de la sola.
No. Es su boca.
Es un tren camino del desvelado.
No. Es su boca.
Es agua en busca de la madre mar.
No. Es su boca.
La boca suya de diamante mayor.
La rosa, la más novia de nuestro jardín.
El tren que se detiene en el andén de nos.
El río de lava de nuestras tumultuosas salivas.
El viento de rezagado fantasma.
No. Es la brisa de los impuros
tiernos susurros que nos vertimos.
Es alarma de ataque aéreo.
Sí. El verdugo despertador que avisa:
“arriba humanitos, es la hora, a trabajar”.

FOXTROTS

No te asombres nena
-sucede cada vez que nos pensamos-
un piano aparece en la playa;
baja de no se sabe, hasta el centro del paisaje.
Ahora, si cerramos los ojos
nos veremos adentro de la canción,
la nuestra.
Hay un piano en la playa.
Con melodía de llamarnos, de llamar.
Casta la imagen, blanco y negro;
inocente y feroz -como la misma vida-
No te asombres nena
-sucede cada vez que nos pensamos-
hasta el centro del paisaje
desciende un piano en la playa;
pregunta por nosotros,
por la última noticia de los dos.

TOQUECITO

Lindo el que me dio en el pecho.
¿Cuándo? cuando la constaté. Al despertar.
Su cuerpo a mi lado,
a temperatura ambiente (un poquito más).
Bastó para romperle la cara a la soledad
que se retiró abatida.
Decía, el cuerpo de esa mujer. A mi lado.
Visita de la soñada
con gritos/susurros repitiéndome:
“ganemos tonto, ganemos”,
pero ahora, manos a la obra -como se dice-
y a darle de comer al vivir
lo más rico con lo más jugado de cada,
agregando una que otra especia.
(Usted sabe de qué se trata).
Juego salto ronda escondida sorpresa.
Eso, juego y más juego;
corte de manga a la miedosa bruja de los hielos,
a la tía congoja y a los retiros.
Con nada de ilusión ¡eh!, ni ensueño;
todo cierto, carnalmente verdad.
A mi lado esa mujer.
En unas horas, la fregona ilustrada
reasumirá la carga diaria.
Pero ahora, a juntarnos, a sumar,
acudir a la cita, nos,

los recién llegados a la historia
y a ponernos en el centro del día
después de iluminarlo; y cantar, también cantar;
(qué ridículo).
Y bueno, todo comenzó
porque se abrió el techo del mundo
y apareció un cielo que llamó a reunir
la cabeza sabia y el justo corazón.
Y comenzó también
con el toquecito ese que me dio en el pecho
cuando constaté a mi lado
su cuerpo de ella
a temperatura ambiente (un poquito más).

EN Numeraciones

La luz de la antorcha votiva de su boca.
La luz solar de su levitación.
La luz de su agridulce misterio.
La luz de su voluptuosa cocina.
La luz de su radiante decir.
La luz de su encantado silencio.
La luz de su dulce maldad.
La luz de su chispeante parladería.
La luz de sus pasionales eclipses.
La luz festiva de su adivinada saliva.
La luz acrobática de sus piernas.
La luz fatal de su oscuridad.
La luz de su entrar y salir de mi desvelo.
La luz de los sueños que respira del otro lado del muro
su rostro
lejano
más lejano de cada luz.

CHICA ESPECIAL

Si actuácemos en una de esas de Hollywood
te diría “sabes, eres una chica muy especial”;
y más: “que buen equipo hacemos los dos”.
Pero esto es esto, aquí,
con el parte diario de una de cal y otra de arena;
con luces y nieblas y días “que bello es vivir”
y días “me quiero matar”.
Y hoy es hoy, otra jornada con el suceso debido.
La anciana del quinto -en su rol-
no resistió el calor y partió
en busca de brisa celestial.
Otra jornada con la melodía del de la planta baja
-en ladino, de Salonia- y el tercero a cargo
del viudo de al lado con su tango de la matinèe
(afónico como su vida, según se cuenta).
En este preciso momento, en Malí,
Abigail Melele se sueña blanca, muy
y muy rubia, huyendo de una pandilla de negros.
En este preciso momento, en Manhattan,
una burbujita rebelde asciende
hasta la cabeza de Jack Lafonte que rueda
abatida sobre la grande mesa del directorio.
Pero esto es esto, aquí, donde mi querida
-avanzada ella, inocente el tono-
me recuerda cuatro pasados amores cuatro
puñales, uno para cada cuarto de mi cuore.

Y no respondo: “te espero renacida, invicta”
Pero esto es esto, aquí.
Así que vuelvo a esa de Hollywood
donde te decía: “sabes, eres una chica muy especial”
y también: “ que buen equipo hacemos los dos”.

MADAGASCAR

Disparate, puro disparate eso
de sentirlo masticable -al Madagascar-
y sándalo y musicante su campaneo;
ese “malgache” suyo decir de timbal.
Cruza las canelas de la isla la reina Ranavalona III
camino del destierro donde acabó.
Y cruza la isla en la primera luna de primavera
el más pirata Thom Collins
camino de la horca donde también acabó.
Pero no cruza la soñada, la bella
demoledora de oscuridades; esa no,
esa salta a la calle de la noche
hasta mi desvelo, donde -sin llamar, claro-
le entra al sueño mío.
Bueno, no vale contar, ¿quién va a creerlo?
Al comienzo planea (reconocimiento)
antes de ponerse, depositarse -mejor deslizarse-
a mi lado. Pegada, toma mi mano, una;
la otra pasea por mi barba.
Luego, la llegada presenta la hoja de ruta
y a molernos. Todo.
Que nada quede para mañana.
Así nos vemos al fin,
arrasados por tanto hervor
y las bocas anegadas con tanto sonido
-campaneo- de musiquita Madagascar.

MONSTRUOS
(Del sueño de mi razón)

De la noche infantil al amanecer de hoy,
asistencia completa hubo del asustador.
Que se oye, respira en la habitación contigua.
Mastodonte era/es y ruge
el pensionista de la oscuridad.
No acude mamá ni hermano forzudo.
A estas alturas -apunto- es hora
de vencer al cuco, ¿no? Y al bochorno, ¿sí?
que el pequeño espantado que fui
encerró en el ya grandulón que soy.
Entonces, ¿cuándo, cómo guarecerme?
Resistir, ¿desde que fortín?
Retirarme, ¿a qué dónde?
En la noche de anoche hubo alivio
-visita de la querida-.
Apunté: tal vez sea cierto aquello
de que el fuego ahuyenta a los fantasmas.
Nunca sabrá ella, por qué pedí:
“acércate más cerca que cerca
y abrázame más todo que siempre”
para encendernos y levantar llamas
de esas que alejan espectros,
los echan del relato, o, mejor,
los atrapan y acosan hasta cenizas;
de una vez para siempre

y nunca más.

AMOR A PRIMER VIAJE

Doce minutos, nada más, me regaló la felicidad.
De ella se trata. Temblor hubo, luego convulsión
en tierras y cielos míos de adentro.
Apurada, la felicidad. De “prisa” diría mi amigo Lorquiano.
Elijo “apurada”. Es más.
El suceso: a menos de cerca apareció el rostro
y me lo apropié. Luego le dije: Rostro,
vea como llueve soledad, vamos para adentro;
y nuestras miradas de los dos -le dije también-
vea como vienen juntitas, como de volcánico antes.
Doce minutos nada más permaneció Rostro
con su luz buena.
Y a la mesa se sentó el renacer
adentro de un paisaje de santa belleza;
en tanto, pecho adentro, el bombeo
a ciento cuarenta por minuto.
No es novedad, la bonanza al fin,
retira sus platos más ricos
siempre antes de tiempo.
Doce minutos de felicidad nada más
para montar su big bang de incendio y resplandor
entre mi subir y su descenso.

NAUFRAGIOS

Todo comenzó con el desborde de la leche
-fatal la distracción- la nutricia bajó su lava
por la ladera de la desazón.
Al mismo tiempo, el noticiero comunica
la erupción del volcán; y su leche hervida
desciende, muerde todo, todito.
Se me ríe en la cara la bruja catástrofe,
le saca la lengua a mi día.
Sombrero de plomo pesa la derrota.
Y ¿qué hago conmigo, así, deshabitado,
tonto, a la deriva de nada?
Allá lejos y hace tiempo anoté:
“la vida sobre todo y a pesar”.
Recupero la sentencia ahora,
al cabo de la llamada telefónica
de la tierna amiga que me llamó “querido”.
Nada más requirió el turbión de los sucesos
para detenerse.
Lavas y leches retroceden,
la luz convida su mejor resplandor
y el aire se pone ropa nueva.
Todo, por el “querido”, la balsa de socorro
que la tierna amiga me tendió.

DE SUS OJOS

I

Que amo, a pesar
del suyo mirar como al más allá.
Pero quién se sorprende, se inquieta quién
cuando anuncio: amo sus ojos.
En verdad, nada se muda, no se inquieta
la tierra ni deja de girar si declaro:
amo sus ojos, los de ella
a pesar del suyo mirar como al más allá.
Apúntese: no guarda la mano el asesino
ni suspende los arpegios el arpista
si uno-yo, por caso- de las nieblas de mi socavón
salgo, regreso y proclamo:
sepan, vivos y muertos: amo sus ojos;
y la jura colma todo y no ha lugar para más.
Apúntese: Don Tiempo
atiende asuntos más caros; y también
que no importan los demonios de uno
que sucumbe a sus ojos de ella.
Ahora, el tonto del 2° B -otra vez-
dejó abierta la puerta del ascensor
de modo que la condenada chicharra
se sienta en el trono del tormento
vaya a saberse hasta cuándo.
El resto del mundo, los mundos,

el mismo universo se queda afuera;
sobre todo el de uno que no cesa
con el: amo sus ojos, los amo
a pesar del suyo mirar como al más allá.

II

Los ojos más buenos viven en su mirada.
El resto de su construcción,
todo un fuerte contra mis embestidas.
¡Qué decir!...
voy y voy sobre sus acantilados
y nada, la muy dura se niega se vuelve
se aleja, mira para otro lado.
De todos modos le adivino hielo en la sonrisa,
el jueguito canalla de su deporte preferido.
Apenas si me consuela el sueño reparador,
ese, donde le sorprendo la infancia
para decapitar sus muñecas,
desgarrar la organza de sus vestidos
y ahogarle el gatito de sus amores.
(Vana represalia)
A mi cabeza -la muy tonta-
acude otra vez el dibujo triunfal de su rostro.
“Vaya con Dios” me encomienda
la devota de la cuadra.
No hay razón, me digo, ni sentido alguno
contarle al altísimo
que los ojos más buenos viven en su mirada.
Del resto, mejor callar.

NOCHE CERRADA

“Noche Cerrada” será la del entero día de hoy.
Razones sobran y retomo la hoja donde apunté:
“me trajo al mundo una cigüeña de carga”.
¿Se entiende? Quiero decir:
con historias, mandatos y otras yerbas;
de esas que acorralan, lastiman más de la cuenta;
bajan, descargan tinieblas y recuerdan que
será “Noche Cerrada” la del entero día de hoy.
Si, no se necesita mucho,
apenas unas gotitas y a esperar un naufragio de esos;
a la maldad del corte de luz seguirá
la visita de una definitiva hecatombe;
o la imagen del venerado poeta
con nombre perdido en la ciénaga de la memoria.
Me pregunto: ¿algo merece la dentellada de la zozobra?
Otra vez persiste agazapada la verdad
entre la lluvia invisible de mi patio más oculto.
Pero de un modo u otro
llegará el alivio por el “Día Abierto”
con la luz de “Noche Cerrada”,
del poemario ese, ¿te acordás?

CARITAS

Le llorarás
a la carita de la foto de entonces,
cuando, de los socavones del tiempo
suban unas como grietas -arrugas le dicen-
y te azoten el primor.
Le llorarás a la carita del espejo
con encanto de presente continuo
al recordar -en mala hora-
la tarde de tu renuncia: “hoy no, hoy no”.
Le llorarás a la cada lluvia,
a la cada noche de tormenta que pedía,
clamaba: “corran, amárrense, no se lo pierdan”,
Le llorarás a tu entera cuerpidad
hirviendo a la intemperie
a espaldas del más amor, el colosal,
único de única vez.
Le llorarás, y cómo, a cada cuadro
del tuyo film de prórrogas y luegos:
“no sé, no es tiempo, ya veré…”
y así como así dejar que huyan
dulces alborotos, diabluras de abril
y así como así dejar que se retire
el viento de esa y aquella pasión.
Le llorarás, y cómo,
a la carita de la foto de entonces
cuando en unos años -mañana-

la rosa incinerada del tiempo,
apunte a tus ojos
y te mire y te mire
sin dejar de mirar.

DORMIR SOLO

La cama, lista.
Los ojos -mejor- la mirada
a un cielorraso lavado
sin esperanza alguna.
Turno del camión basurero
y a despejar la ruta;
nada debe perturbar la travesía del sueño,
el renovado ensayo de eternidad.
Habla el recolector: “motor decreta,
ya es hora, sumergirse”.
Pero nada que hacer,
Mr. desazón sube a escena.
¿Cómo, a qué, a quién ordenar el guión?
Noche de perros.
No acude nadie querido.
Anarquía manda en la comarca cerebral.
La imagen inquieta. Extraño el cuadro;
todo vacío, despojado. Un rizo dorado
de ella, de su copón cabellero
navega de uno a otro abismo
como péndulo de terciopelo.
Enamora lastima enamora
al despierte, en el regreso
de la tormenta.
Contra el pecho, muerde
la plancha caliente de la soledad.

EL SILENCIO

Es ese que gatea la orilla del mar.
Llora, pero más puede la ronquera del oleaje.
Si llega hasta aquí, traerá la historia
de la tonta que se bajó de la pasión.
(Dios sabe por qué).
Y la del apagado que se fugó del riesgo.
(Dios no sabe por qué).
Ahora, uno y otro ven
cómo se aleja el caballo de la dicha.
Y eso, todo eso es el silencio.
El que gatea la orilla clama por su madre
que hierve en EL GRITO de Munch.
Y ese es el silencio.
El bullicio de los que fueron
regresa pálido y azul.
Y ese es el silencio.
El que gatea la orilla
viene a mí, se acuesta a mi lado;
tiembla, lo lastima la luz.
Me pide un cuentito antes de dormir.

PLAN DE OPERACIONES

Y que nadie me llame anciano.
Ni siquiera yo a mí.
Y esto, ¿a cuento de qué?
Del plan, el trazado del plan.
En adelante, el modo de ser y estar.
Anoto: agrupar fuerzas, llamar a filas al vigor,
armar al entusiasmo, blindar la voluntad.
(cuánto parlerío, mi Dios).
Adelante de todos modos.
Disposiciones generales y otras no tanto.
A saber: despertar más temprano para más vivir.
Dar de beber al potus.
Renovar el amorío para resucitar.
(A media mañana ahuyentar
las mariposas negras de la desgracia).
Mandar el mensajero antibloqueante
(pastillita roja)
al tambor mayor del pecho.
Leer-sólo- a los grandotes de la palabra.
Telefonear a la hermana Sofía (viuda ella).
Reunirme con los juveniles de la
"Sociedad de los Poetas Vivos"
para renovar la pulmonería.
(A media tarde ahuyentar las mariposas negras).
Con un oído atender la suerte del mundo;
con el otro tomar la dosis diaria de Mozart.

Alejar el desencanto y que la hembra suya,
la ilusión, se aguante en la sala de espera.
(A media noche ahuyentar las mariposas negras que restan).
Cumplir con cada uno y todos los mandatos
y no darle tregua a la manito escribidora;
no dejar de componer, de atender el granizo palabrero.
Sobre todo por aquello de “la vida no alcanza”.

VISILLOS

El viento le pasea los pasillos
(no, viento no; mejor: brisa).
Es como susurro, rasguño de fantasma,
primoroso, de pálido color.
Cerca, el mundo, y eso supone, a saber:
el jadeo de la gorda que recibe el amor de su gordo;
la ferocidad del bebé trepando la colina materna;
la riña -otra vez- de esos dos contra los dos;
la marcha civil de compases raperos,
suspiros de la nacida para morir sola;
y supone: mordiscos del destino a la nuca de la noche;
la tos del motor que aconseja no partir;
el silbido del soltero del fondo y los tacones
de la misteriosa sobre el cielo de mi cuarto;
el cuchicheo de los muertos de visita y el loco
del bel canto con su furtivo lagrimón.
Se agita el visillo -cortinita- insiste el susurro,
conversa conmigo.
Hablo -solo- adentro de la muda oscuridad.
Digo: pibita, eso que pasa desnuda y hambrienta
es la vida. Lo que cuenta.
Lo demás es nada.

ZOZOBRA

1.25 a.m.
Leve la corriente continua de la inquietud;
en blanco y negro corre la pánica cinta de la fatalidad.
El hijo mío aún no regresó.
3.10 a.m.
La indómita pelota pega, va, vuelve impiadosa
contra el frontón de mi pobre cabeza.
Y el hijo que aún no regresó.
5.20 a.m.
Es un buque fantasma el que embiste
los arrecifes del atormentado corazón.
Y el hijo que aún no regresó.
7.00 a.m.
Amanece. Izado el telón, el día se ilumina.
Al tiempo, un nuevo nacer se monta
con los aleluyas del Gloria que manda al aire
el desconocido -disc jockey del azar-.
Y otro amanecer, más radiante, entra triunfal
con el rún rún único de los pasos más queridos
que dan vuelta el guante del calvario.

MI BELLA DAMA

Esa mujer que ahí va, esa
que no repara en mí ni me cargó en sus ojos
y anda sola consigo su mundo, esa mujer
no sospecha que fue mía (como dice la canción)
del sueño mío fue, el del asalto
que la logró, la pudo.
No sabe que corrió telones,
despidió a la guardia y cedió.
A saber, sucumbió a la carga de mi palabra,
digo, juntitos capturamos mares del cielo
y capturamos cielos del mar.
Eso sucedió, delirio, pasión, eso.
No se enteró la inocente (mi bella dama)
no se bajó de la hamaca de su candor
ni se avisó del saqueo,
de la corridas por la playa,
la convulsión en los parques, y el baile
de la gran gala con los dos
vestidos con la más luminosa desnudez.
Nada advirtió esa mujer (mi bella dama)
sobre el atraco.
Cordial ella, saluda el poniente sol de su carita
y sonríe; no sabe por qué.
Qué menos, yo, cortés, atento,
también saludo y le sonrío.
Se bien por qué.

PUERTA GIRATORIA

Va. Vuelve. Gira. Vuelve. Va.
El que iba, regresa, renace.
El viejo de la bolsa se asoma,
asusta y se pierde.
Entra la vieja de la cueva
y sale a secarle la cara a la lluvia.
Los chicos se lanzan al giro
y dale que dale a jugar y jugar.
Cuando regresen serán padres
de chicos que se lanzaron al giro.
Ronda y ronda
la viuda del caballo de la calesita;
la zapatera prodigiosa, el enano bufón,
el violinista del tejado, la florista enamorada,
y el poeta insomne.
Todos giran, giran, vuelven, van.
Sólo esos dos que se aman a rabiar
(de aquí al cielo)
entran para sólo entrar.
Se les oye el griterío,
“a quedarnos dicen, a juntarnos para siempre,
novios somos del vivir
que afuera dejamos el tibiecito corazón”.

EL RÁPIDO DE LA MADRUGADA

...(lo que mata es la esperanza).

Repentino, cruza la estación de mi noche
con cristal de sol al frente de su frente.
Muda locomotora de película muda
asusta la fierrería que se viene.
Me busca me alcanza me atraviesa.
Una sola pasajera -mi amada-..
La formación no se detiene.
Me quedo me pierdo se aleja se pierde.
Mañana y en el mañana de mañana
se repetirá la escena;
asaltará la estación de mi noche
el rápido de la madrugada
con pasajera única -mi amada-
partícipe necesaria
con la que juntos reímos y lloramos.
Nadie baja.
La formación no se detiene.

IDENTIDADES

"...y con la punta del cigarrillo escribo
en plena oscuridad: aquí he vivido."
ELISEO DIEGO

MADRIGALES

Extraña tarde la de esta tarde.
Con sedoso pudor levita
la mantelería negra del silencio.
Para completar la escena
deberían oírse madrigales de Monteverdi.
Y se oyen madrigales de Monteverdi.
Suele ocurrir. Y nada alumbra el suceso.
Tampoco nadie lo hará.
El encanto, hechizo o milagro (todos valen)
se sostiene hasta la llegada
del canallita de la vecindad que me mira
con ojos hervidos en la misma olla del infierno.
Me mira, decía. Y sonríe.
No está solo el aprendiz de verdugo;
con su perro vino,
que desde el témpano de sus ojos
también me mira.
Su perro, tan mala persona como él.

COSAS/COSITAS

¿Se van a quedar así, eternas en estante biblioteca
como desde un mirador a la nada?
(No se hagan las distraídas). Saben que
en la noche de algún día, la recaudadora de vida
va a llegar, me bajará del elenco
y cargará hasta el hoyo final.
Pan para la boca del recuerdo, cosas y cositas
(no se hagan las distraídas) lejanas, impasibles,
oyen el negro golpe de la llamada, y ¿van a quedarse?
Así, ¿muerto de aburrimiento el acero virgen
de cuchillos decorativos?
Así, ¿el tiburón de jade que sueña
con la ballenita de los ojos de almendra?
Así, ¿el trofeo deportivo
de cuando mi topadora corporal iba, sólo iba?
Así, ¿las pipas de los humos que el viento se llevó?
¿La cajita -madera raíz de árbol memorioso-
guardiana del rizo dorado de...?
Así, ¿la torrecita biznieta de la abuela Eiffel?
Cosas y cositas (no se hagan las distraídas)
se van a quedar así, ¿sin una queja, un alboroto
de resistencia, un corte de ruta?
Así, desertoras, ¿mirando para otro lado?
Y usted, Don Fernando Pessoa -mudado a retrato-
(marco de plata, qué menos).
Es posible, pregunto ¿ni una arruga de ceja suya,

ni un guiño para este pagano?
Este yo que lo veneró, este devoto de cada otro suyo.
¿Usted también Don Fernando?
¿Usted también?

TREN FANTASMA-BAR

¿Qué? ¿nunca conversó con un muerto?
Yo sí, en el bar, frente al parque de la pura sombra.
El mozo me advirtió, no le haga caso (al muerto)
hace tiempo que partió, pero el hábito ¿vio?,
viene todas las tardes.
Y ahí está, bebiendo su café; la postura, de eternidad.
Lo miro. No sé si lo veo.
Me mira. No sé si me ve.
Mueve una mano de saludo.
Le respondo.
En el aire se abre una ventana invisible
que invita a platicar.
Le reporto novedades, el cuadro de situación
y el parte sobre la condición en cada frente.
Y cómo va esa vida, pregunta -o creo que me pregunta-.
Aquí estamos -contesto- con la rutina que agota
y sólo a veces se interrumpe, como sucedió ayer
que me crucé con ella (boquita de fuego).
¡Por Dios!.. Créame Don Muerto, una ruina
la levitante, una bruja en descenso.
Ni huellas de su atronadora belleza.
No hay derecho; su imagen me reanimaba,
me sostenía. Ayer se me enviudó el recuerdo.
No es novedad dice -el muerto- o creo que dice.
Son los ensayos de la cesadora que nos va sitiando
y nos da de beber jarabe terminal.

(Una cucharada sopera antes de cada comida)
cosa de restarle sorpresa al ocaso.
Lo miro. No sé si lo veo.
Me mira. No sé si me ve.

EN EL CIELO DE LA NOCHE

Estampida, fogonazo; los dos dieron en el blanco
para que todo se corra, se retire.
Abrió sus ventanas el cielo. Y apareció el Arco Iris.
Allí, en la noche. En el cielo de la noche.
(Todo es posible en la caja del sueño).
Vértigo, luego vahído, desarreglo, sismo.
Nada deja de temblar.
Cada algo se asusta, huye, se guarda.
Impasible el Arco. El de la noche.
En el cielo de la noche.
Y continúa fantasmal con luz y luces
sobre uno que allí baila
(tengo cinco años)
y otro, Jeannette MacDonald que allí canta
(y tiene, no sé...).
¿Qué ocurrió? ¿Por cuál ruta llegó el hechizo?
¿Se dislocó el destino?
¿Se le fue la mano a la razón?
(Tomó de más, seguro).
Afónica, la victrola alumbra el entonces.
No cuenta preguntar: en la noche,
en el cielo de la noche, ¿qué ocurrió?
¿Se amotinó el sentido?
De todos modos, a quien le importa.
Dejémoslo así.
Estampida hubo y fogonazo.

En la noche. En el cielo de la noche.
Con Arco Iris y luz y luces
sobre uno que allí baila
(tengo cinco años)
y otro, Jeannette MacDonald que allí canta
(y tiene, no sé...)

SECRETOS DE ALCOBA

Llegará con la voz de su divina madera
y me cantará.

Espléndido el vestido de su desnudez;
rosa pálido el paisaje de su cuerpo,
tono crepuscular tirando a fruta de paraíso.
No se detiene, no da tregua
el arco de triunfo de su violonchelo
que trae de los pelos a la Loca Belleza.
De Jacqueline hablo. De la Du Pré,
que es cuento que se fue al cielo,
pero también verdad. Sólo
porque le quedaban chicos
los cuartos del mundo de aquí.
A ella, que pacta con este apuntador
cada vez que la reclama.
La gente no sabe. Nadie sabe pero sí,
ella, que anda noviando con Dios,
el mismo que da vueltas
por las maderas de su instrumento,
cuerdo -muy-entre sus cuerdas.
También ignora la gente los guiños
señales y convenios entre nos.
(¿Queda claro? Ella, la Du Pré y yo).
Nadie lo sabe, sí, ella, que está noviando con Dios
y sin muchos bemoles responde a mis llamados;

esto, después de atravesar no pocos laberintos,
(saludos -de paso- al maestro Jorge Luis).
Decía, que acordamos. Ella no deja de adornar,
de regar con las aguas benditas de sus acordes
mi diaria batallita y echar alivio
a los copiosos fracasos;
atiende mis artrósicos dardos
y vigilias de soledad.
La gente no sabe. Nadie sabe.
Con Jacqueline sellamos tratados de socorro
de modo que nada toca a éste
-adorador de jornada completa-
que ella -la encantadora- no acompañe.
Hoy cumplo años.
La gente no lo sabe. Nadie sabe.
Sí, ella, que está noviando con Dios
y asistirá a la celebración.
(Le guardo su torta preferida).

AGENDA

Abre soberbio el Lunes con luz de oro
que dio en el ojo de la soledad.
El Martes se desbordó la cuenca pluvial de la cocina;
insoportable para uno solo.
El Miércoles despertó con tos volcánica
y la ceniza enlutó los cielos.
Demasiado.
El Jueves se avisó festivo
-le nació una reinita a la Lucy-;
(mereció celebrarse).
El Viernes llovió. ¡Y cómo!..
Nada dejó de zozobrar y -claro- la desolación.
El Sábado un silencio atronador descendió
para que se ponga el desierto.
Y el Domingo -bueno- hay que sobrevivirlo
y emerger después del crepúsculo.
Durante esta ráfaga de travesía semanal
no donamos palabra entre nos;
esas, de llevar más fueguito al fuego del querer;
ni jugamos a las visitas que se quedan.
Le llaman vida lo que dejamos a la intemperie;
malograda omitida derrochada.
Ridículos ahora estos garabatos trazados
sobre la hoja negra del cuaderno perdedor.

COMPLEJO HABITACIONAL

Debe ser joven (me digo)
por la intensidad de la congoja
y el temblor convulso de su dolor.
Debe ser joven
por el color del tono
y su eco de múltiple sola.
Debe ser joven
por el miedo que pone en el aire
y el desgarro que acuesta en la noche.
Nadie con entera vida por delante
se queja así y así logra zozobrar la quietud
y torcer el curso del sueño mío
-de todos modos- tan pobre como olvidable.
Joven y fuerte (me digo)
capaz de lanzar al mundo
la loba de su voz, la pavorosa
que me desvela me detiene me devora.

LARGOMETRAJE

Un lobo aúlla
en la noche que aúlla como lobo.
Bendita será el agua de lluvia piadosa
que lave esta bruta oscuridad.
Tapiada la entrada, el sueño no tiene por dónde.
Se fatiga la espera y se enoja la vuelta
con tanta vuelta. Pero la cocina pensadora
tiene su programa.
Y es incesante el turbión
desde la insonora callada peli de antes
a la total aturdidora de hoy.
Veloz el disparo de cada pantallazo.
Atropello hay con escenas de maremoto.
Inicia el patio con el juego de la guerra,
le sigue el tío grandote del overol proletario,
los trémulos acordes del tranvía
y la rayuela de la prima Flora, lunática gritona.
Incesante el turbión.
Ahora, un aterido David baja
del pedestal Florentino a mendigar abrigo.
Luego la proclama/historieta del superniño:
“llegará el capitán Mux y salvará al planeta”.
Carraspeando pasa -moto con sidecar-
el misterioso de enfrente;
y los disparos del torno
para ejecutarme el condenado molar.

Incesante el turbión.
La murga “los trastornados” -prosigue-
mandando redobles al timbal del corazón.
Frankestein, el torpe tierno asustándome la niñez
y el levitante paso de la severa Matilde maestra.
Continúa Casablanca con la más blanca de las Ingrid,
el rock trepanador del cercano verdugo
y Junio del 55 con luz trazadora de metralla aérea.
Incesante el turbión.
Las queridas aparecen, al frente con la más,
la de los rizos de fuego
-detenida sólo por un instante-
para sonreírme con bruta piedad.
Irrumpen después los vuelos matadores de tanta vida
arrojada al hambre del agua asesina.
En la -digamos butaca- mi elenco corporal
pide libro de quejas con página entera
para mi quinta columna.
Hoja en blanco, la amante inmortal
acuesta su desnudez lista
para recibir mi escritura
y el eco de las gigantes pequeñas muertes.
Y no se detiene la cinta
camino de la memoria y el olvido.
De allí que, por tanto y por nada
un lobo aúlla
en la noche que aúlla como lobo.

GOTITA

No me da paz la verduga.
Viene del corazón de un agua envenenada
y a la carga con bandera de guerra.
Tenaz la bruja
martilla las lozas de mi cabeza.
Punza. Azota.
Se come el pan de mi reposo.
Perverso el ritmo
llama a los ventanales de la noche.
Me impide la entrada a las cuevas del silencio,
de pura demonia nomás.
La condenada le franquea la puerta al enemigo.
De maltratar, de eso trabaja;
y al compás el vicio, todo el tiempo.
Me delira -vea- no cede la despiadada.
No es posible seguir así;
debo salirme de, mudarme a,
de modo que no me consiga, no me pueda.
Debo retrocederme, regresar
hasta recién llegado al mundo
y gatear, gatear hacia la casa primera,
la cama grande,
con mamá.

HAY DÍAS YO NO SÉ

Extraño el de hoy, aciago.
Los hechos:
amaneció (creo) y desnudé un ojo;
vi oscuridad y decidí no subir a escena.
Allí (no sé si el director,
o el elenco, como sonámbulos).
Día curioso, raro el de hoy.
Mudas las calderas del ir y venir de tantos;
y detenidos los motores del barullo humano.
De pronto recordé: martes, buena letra,
(orden quiero decir)
ataque contra el amotinado perchero
(ya una vergüenza).
Pero no, será para otra vez,
ahora me quedo a discernir conmigo.
No hay indulto -me digo- para este día estéril,
rengo de vida, apático de sangre, desertor.
No hay derecho -me digo- acabar la jornada
sin registro de un humildito fruto siquiera.
Apunto: ausente llamada de querida;
noticia vacía de atracción, apunto.
Con la viuda de al lado mejor no contar
y es agua dilapidada la gotera de estas horas.
Apunto también: la reina se distrajo la muy tonta
y jaque mate a la situación.
La fecha atravesó el parte diario

sin pena, menos gloria y con sombra de muerto ajeno.
Balance negativo.
Se aconseja camisa negra,
esa,
de los olvidos.

BOTÁNICAS

Aquí el Manzano donde se provee Guillermo Tell
para el hechizo de su arquería.
El Ciprés, acá, donde madura el verde
hasta la blancura del cirio custodio del difunto.
Aquel, el Sauce Llorón
con quien duelamos a Susana (distraída ella)
que se dejó olvidada la vida.
Ese otro, Ombú, con soga incluida
para los que se suprimen -contra ellas-
por eso de los abandonos.
Plátano éste. Es árbol, trabaja de árbol.
Ignoro qué más.
Ahora, el Palo Borracho;
porta máscara de poeta
-sueñador de día y sueñador de noche-.
Cerezo el de allá, con sombra, donde,
entre función y función
descansan Tío Vania, Las Tres Hermanas
y la Gaviota también.
Ahora, el Naranjo espía de los cielos
por si se asoma Carlos Fuentes
que lo volvió a fundar.
Por último, la Higuera
a la que regreso y regreso
para capturarle los frutos
del mismo sabor que los besos,

Los inmortales -esos de mordida y succión-
que guardo en la cajita de lata
para volver a encontrarnos en el muy mucho después.

LEVITACIONES

Ungaretti escribe y es la querida que lee
“Goce” del poemario “La Alegría”.
Fugado de su muerte en Venecia
llega Mahler que ve luz y entra
para musicar la tarde.
El gran sabio -lo llaman Dios-
me sopla al oído:
“atrapa la escena hombre, embóscala,
demora el cuadro y súmate;
no te pierdas al poeta
ni al musicante ni a la querida,
y quédate en el adentro más vivo del vivir
en este ahora hambriento de más y más”.

ESPECTROS
(Música incidental)

No hay caballos en la cercanía.
Que se sepa, no hay.
Ni arroyo ni desfiladero ni pastizal.
Nada que delate: “¡ATENCIÓN, CABALLOS!”
Sin embargo se pasean
delante del pórtico del sueño mío,
que van a penetrar, y penetran.
Es tropilla y un tanto alterada se la ve.
El blanco es el más inquieto
(¿no pregunta por mí que lo cabalgué
cuando yo era el Llanero Solitario?)
Levita la caballada.
Un rodeo y la banda se ordena.
Bufidos de cuerdas los de la fila primera.
Resoplan los vientos detrás.
Y los de más allá relinchan su percusión.
Día de gozo el de la fecha.
Respira hondo, tierno, el pulmón del aire
y lo demás, todo, va y viene con reposado color.
Ejecutan las bestias, acompañan con su marcha
la del caminante ensoñado.
Trote creciente, luego, cuando un enamorado y otro
van al encuentro del otro con uno
hasta el tumulto dichoso de vaciarse.
El galope no se hace esperar, anuncia
que Nely, la golpeada, se rebeló.

Y será carrera, jolgorio de corceles,
cabalgata Wagneriana la que sigue
con toda la masa orquestal;
porque es día de gozo (ya está dicho)
y no es para menos, mis dos gladiadores,
el hijo y el hijo del hijo
hoy serán visita
para mi colosal felicidad.

CORTE Y CONVICCIÓN

En el revés de ella-yéndose-leo “Los Adioses”.
(Disparate, traerlo al Ludwig Van para la foto).
Sí, apuntar: PÉRDIDA.
No es la primera vez, aunque la primera, gigante,
siempre aparece como definitiva y última.
Tampoco hay asombro por la brisa ciega que me toca.
Va viene con el libreto.
Digo, sucede en la pieza teatral llamada vida.
Yéndose-en el revés de ella- leo “DESASTRE”.
(Disparate, traerlo al Goya para la foto).
Sí, apuntar: FRACASO.
No es ni será novedad.
Va viene con el libreto.
Se trata de guerra, batalla en mi corazón.
Cerca, alguien-abuelo- silba el vals del recuerdo.
Otro -nieto-aturde con azotes de rock letal.
Al fin -convengamos- no todo se verá perdido.
El pronóstico anuncia tiempo benigno,
con azules indulgentes, vientos piadosos del sur,
temperatura amable y bajo índice de humedad.
Por esto último -más no sea- vaya la gratitud
de las 208 sopranos de mi huesería.

DE ALABASTRO

Yo le avivo su tarea;
sopa de letras para mí cocina él.

Pende ahorcado, feliz el artefacto.
Lo llaman plafón. Zarpó con él,
atravesó la grande agua hasta
la dársena de mi cuarto y se quedó
abuelo Marcos con nieto (presente) aquí.
Colosal el papá de mamá,
no cualquiera abandona el confort celestial, regresa
y opera como luna, sol, luz de jornada completa
para compartir y contarme historias que apunto
de modo que no se evaporen; y oírle historias,
de esas que no se dejan apuntar.
Veteado el alabastro, con ríos (no, mejor, cicatrices)
del rostro tan fogueado.
Asaltos cosacos relata, rezos de abuela
y bullanguerías de las mujeres de la casa.
De Sonia, cuenta, que Puchkin puso a recitar
y de Masha, la suspiradora prestada por Chejov.
Nos miramos. De Marcos a Marcos.
Oigo sus ojos.
La palabra que se resiste me sopla
y rescata la que se fugó.
Hablo de mi gran amor,
“celébralo” me responde;

y del amor perdido hablo,
responde: “ya pasará”.
Así cursa este elenco,
y funciona lindo la complicidad
entre abuelo que se enciende contra el olvido
y el alumbrado hijo de su hija
ocupado en alumbrar.

LENGUA VIVA
(Viva la lengua)

Hablemos más bajo. Duerme la siempreviva.
¿No le ven el sueño? ¿La nube azul
que se desprende y asciende?
Sonríe la traviesa, y celebran los diablitos espías.
La quietud intenta pero fracasa
y fracasa cada receta de sosiego.
Duerme o parece que duerme.
Aunque ya se sabe
ese detenerse así, es trabajo de recarga.
(Combustible del más inflamable, claro)
y trabajo es su juntar nutrientes
para sostener la travesía
y llegar a la meca con bandera de victoria.
Sabia la experta, urde, trama,
en su cocina soñadora.
Cuando ésta despierte, en otra gruta
(también llamada boca)
con paladar de Capilla Sixtina
caerán como hojas de otoño
sus encendidas enaguas.
Esta otra lengüita -decíamos- la buscada,
tiembla ahora, se maquilla y espera.

SINIESTRO

15.45 se desató la catástrofe.
Relato: fue tumbo, vuelco
del agua hacia afuera del mar.
Las olas cargaron con todo, sin descanso
hasta un final de puro despojo.
Una verdadera calamidad en el horizonte de la escena.
Luego, la calma, muda, negra.
El rostro de la ruina, de la tragedia -vea-
con música incidental para más.
El suceso, la noticia, envuelta para regalo
se alojó en el Titanic de mi cabeza.
Aunque-lo cierto- llevado a escala doméstica
da cuenta de la perversa taza de café
que decidió -síncope mediante-
(léase caída vil) malograr mi día.
Inevitable la marcha hacia el naufragio.
Tal vez porque el brebaje se tendió
y amortajó mi escrito más preciado, como que
le cerró la boca al cuento Chejoviano de mamá,
veló el cielo de los ojos de mi amada
y sumergió para olvido la ronda de los fraternos.
¿Cómo no chiflarse, no?
¿Cómo no asentar la visita de San Quebranto?
10.45. Continúa relato:
a ventana abierta,
es señal de vida

el pan tostado de alguna cercanía
que manda la brisa maternal.

LA ESTRELLA AMARILLA

(1940)

Bajó de un negro cielo
el cuco del capote negro;
asaltó el patio de antes
y de un siempre para siempre
me asustó el juego la vida me asustó.
Fue la vez de la manga de langostas
que puso duelo en la tarde
y el hombre, ese, del capote negro
prendió en mi camisita la estrella amarilla.
No me abandona.
Nunca me abandonó.

Recuerdo la carrera: “al refugio, al refugio”,
grité, al abajo de la mesa del comedor;
donde la demonia me alcanzó;
claro, vivía de eso la estrella, de matar.
Me comía el ir y venir el aquí y allá.
No me abandona.
Nunca me abandonó.

De un cielo enfermo descendió
el fantasma ese, del capote negro.
Los crayones pintan primitos
arrastrados después con borrador de fuego

hasta nadie hasta nada.
Cada cual atendió su ronda de cenizas
con estrella amarilla cada cual.
No me abandona.
Nunca me abandonó.

De un cielo de colmillos negros
cayó el espectro, ese, del capote negro.
Eterna de día eterna de noche
a los gritos se andaba la delatora estrella:
no se deja de oír: “otro más, aquí, aquí”.
No me abandona.
Nunca me abandonó.

De un cielo de hielos
llegó el de capote negro.
La estrella que me decoró
anclada en mi total, avisó avisa:
“al horno con este también”.
No va soñada. Fue. Es estrella y aún.
En el todo tiempo de alguna hora
-cada día- me lleva hasta la casa de las duchas.
La vi la veo, carga juguetes, zapatitos, miedos.
Le rompe el cuello al sueño la amarilla,
lo desbarata, lo ciega,
no se aleja no se apaga.
Estuvo. Es. Está.
No me abandona.
Nunca me abandonó.

FOTO (5° A)

El pincel del tiempo la maquilló sepia,
es decir, clavada fue en inmortal acorde.
Allí los 26, detenidos, sin plazos.
Todos sonríen, salvo uno (el relator que ya cuenta).
Fuimos somos seremos 26.
Pablo L. con su sermón: “la vida pasó, nos vio luz
y entró para quedarse, condenada a perpetua”.
Martita V. esclava del Para Elisa, amenaza:
“voy a tocar en un teatro, y ustedes, tontitos,
me van a tener que aplaudir”.
Natalio R. el glosador: “gloria a los zapateros
que acuden a los descalzos del mundo;
gloria a los panaderos que amasan contra las bocas del hambre,
gloria a las modistas escultoras de novias;
y el coro de los 26, cerrando:
gloria a los soldaditos de plomo
que van a la guerra a jugar”...
Ana F., la encantada, que vuela de sueño en sueño
y presagia: llegará mi enamorado
y todo será dulce y azul.
Severino D. el “ronco” que proclama: “es el pecho
que me quema, el pecho fusilado de mi abuelo”.
(Y hay más, pero se guardan para otro escrito).
Estas cosas suceden cuando el retrato se sale
se deja traer para el lado de aquí,
con los iluminados, revividos 26

que fuimos somos seremos
cada vez.

NOCHE DE MAGIA

Noche de magia -si hubo- la de anoche.
Saltó la llave general y la luz voló,
se mudó de mundo.
Luego, la película de verdad
con mentiras ciertas como nunca.
Llegó el caballo de Búfalo Bill que ordenó: “montar”.
Después apareció Tía Ana -que tanto amé-
con su promesa de no volver a morirse.
Regresó la Bergman -Ingrid- y las puertas del pecho
estallaron de gozo -que menos-
al jurarme: “tuya, toda tuya”...
Pálidos de cenizas arribaron
los primitos echados a los hornos de allá.
Y sonrientes los incorregibles de aquí
echados al mar.
Y vino aprobador el maestro de “tercero”,
“muy bien su redacción alumno, muy bien”.
Noche de magia -si hubo- la de anoche
con encanto musical
porque cerca, un llanto de bebé
rompe la oscuridad, la desazón rompe
con su casto, colosal mordiscón
al imbatible pezón de la vida.

JAZAYKA (Patrona)

Así llamaba la ucraniana a Mamá;
Julia, la que vino al mundo
para atender un moño azul, un peinado a la gomina
y los brillos zapateros del charol
del nene -este- de la foto, el grandulón
que suscribe, la nombra y sostiene:
debe regresar, de algún modo debe regresar;
entrar por la puerta (o ventana, qué importa) del poema.
Debe volver -decía- la ucraniana Julia
al menos en muñeca Matrioska.
Volver, en una, vengadora de tanta nadie.
En la dama de la casona barredora
de hojarascas que barrió y volverá a barrer.
Volver con la aprendiz, pianista
de acordes maldecidos por el vecindario.
Volver adentro de la que espera, espera
y no consigue liberar la cabeza
de la boca leona del desvelo.
Volver por las cocineras que vuelven
y dan vuelta las carnes que antes
vivitas y coleando dieron vueltas por aquí.
Volver en la que escribe y reclama:
“un cuarto de trabajo para mí”.
Volver con la que alquila su cuerpo
en tanto recuerda: “los botones, no olvidar
de reforzar los del guardapolvo del más chico”.

Volver en la sonrisa de la anteojuda
que agita triunfal el tubo de ensayo.
Volver desde la abatida caminante del pasillo
en el silencio huérfano del hospital.
Volver por la lavandera espantadora
de lamparones y vergüenzas.
Volver para la tejedora
que trama contra el destino.
Julia, la ninguna, convocada
para volver y volver de la caverna
de tan antes a la tarde de hoy.
(Mire si tiene para contar
y al fin saldar la cuenta).
Porque no es posible que quede así,
afuera, a la intemperie de la historia,
subiendo a escena, sólo para atender
un moño azul, un peinado a la gomina
y los brillos de mis zapatitos de charol.

ME HICE

Me hice pis. Yo me hice pis.
Lava que desciende por los muslos.
Y quema. En la cabeza quema.
Oprobio en el altar mayor,
escándalo en la capilla central.
(Que nadie se entere).
Tampoco es necesario.
Menos aún la querida.
¿A quién puede interesar
el desborde de una represa personal?
De todos modos no ocultaré tamaño suceso.
Que hubo creciente -contaré- por allí,
desborde de un embalse -contaré-
descuido de la patrulla guardiana.
¡Maldición ! la condena que me oigo.
(En verdad fue otra, pero en el poema...).
Ahora asumo lo del pis, el siniestro,
la ponzoña que se descuelga por los muslos
y con rayo demoledor atraviesa la sesera..
En voz baja -claro- me pregunto:
¿qué poder rindió su espada?
¿qué eclipse se inició?
¿a qué cuna conduce este regreso?

RÁFAGAS

Una ráfaga, -única escena- desde el inicio
a la caída final del telón.
Como ceguera pegó el big bang de luz
y toda su carga le volcó a mis nacientes ojos.
(Para comenzar, no fue poco)
Luces o disipación de tinieblas -que es lo mismo-
una a una se encendieron.
Una ráfaga, desde el juego de la escondida
a la escondida que no se dejó jugar.
Una ráfaga desde los compases del Gloria
con cada amor ganado
al Requiem con cada amor perdido.
Una ráfaga desde el asalto a los cielos victoriosos
de las revueltas populares
a las rosas negras de las derrotas.
Una ráfaga desde el espejismo del pequeño de entonces
a su soñado director al frente
de la sinfónica con su batuta -varita mágica-
ordenadora de astros, corcheas celestiales
y melodías hechizadoras, esas que arreglan las cosas
entre esos dos que se aman y lastiman.
Una ráfaga desde los giros triunfales de la bolita de vidrio
al vértigo humano de la gran bola terrenal.
Una ráfaga desde el caballito de madera
a los oscuros percherones de la soledad.
Una ráfaga desde la primera bocanada -clandestina-

del sin filtro, a la fatiga de la noble pipa
-raíz de ciruelo-.
Una ráfaga desde el insurrecto gelatógrafo estudiantil
a la impresora –MT2- con mis escritos de recta final.
Una ráfaga la escena, de apresurada maldad.
Malvenida la propietaria del tiempo
que me conmina a ceder el asiento.
“Se agotó tu viaje, chico”.
Una ráfaga, desde el big bang de luz inicial
a la agonía, la toda, de última oscuridad;
manta con que se tapa la finalísima noche.

CONTRATAPA

Intimidad, ahondamiento, compasión. Los versos de Marcos Silber tocan la superficie humana, descubren en su desnudez aterida seres a la intemperie, bajo los "truenos degolladores de la noche", y revelan sus pliegues, sus pérdidas y esperanzas, sus castillos frágiles en el gran arenero de la vida. Con una voz contenida pero que no ha perdido el asombro ni las artes de ilusionista, Silber logra con su propia piedra filosofal ("la roca violeta de pasión") transmutar la materia prosaica de lo cotidiano para que aflore la olvidada "atronadora belleza". Hay en la trama subterránea del estilo un aposentamiento de sabiduría, una decantación sutil de la herencia cultural, que no deja sin embargo de lado la sensibilidad alerta al caleidoscopio próximo de la calle. Como en su anterior *visita guiada,* como en tantos otros de sus libros de poemas, Silber domina, tal como pedía Conrad para la literatura, la clave a la vez simple y milagrosa: "por el poder de la palabra escrita, hacerte oir, hacerte sentir, hacerte *ver*"

Guillermo Martínez

DATOS DEL AUTOR

Argentino. Porteño- 1934. Pubicados 22 títulos personales y otros tantos en antologías nac, y extranjeras.- Reconocimientos y premios varios; entre ellos Faja de Honor de SADE. Finalista en Casa de las Americas. 1° y 2° premio Certamen APDH. Primer premio Casa de la amistad Argentino/Cubana. Primer premio municipal . Finalista del Premio internacional V.V. Mora. Otros en España, Venezuela, Colombia. Y ya antes lo dije: no dejo de escribir para no dejar de vivir.

Epub Validado: http://validator.idpf.org/

EPUB Validator (beta)
Results
Versión detectada: EPUB 2.1
Resultados: ¡Felicidades! No se encontraron problemas en silber_desembarcos.epub.